

palabra en la televisión gubernamental. Su emisión se llamaba «L'Evenement», y de ella surgió el título de lo que debía ser una nueva revista política. Falto de dinero, no pudo sostenerla, y ahora creyó que podría reaparecer. Pretendía apoyar a Pompidou «como un mal menor» («Poher, la peste. Pompidou, la escarlatina»). De

la vida política de Emmanuel d'Astier quedará poco. De su vida puramente literaria quedarán, sin duda, libros como «Stalin», «Siete veces siete días», «El verano no termina»... Libros escritos con un estilo cálido, brillante, lleno de sugerencias y de elegancias de lenguaje y expresivo, al mismo tiempo, de un espíritu independiente.

EL PRECIO DE LA SEGURIDAD

Prevención de accidentes

En el transcurso del primer Simposio nacional que sobre Protección y Prevención de riesgos industriales se ha desarrollado en Madrid, se han manejado una serie de cifras referidas a los accidentes industriales que, independientemente del capítulo de víctimas, suponen cuantiosas pérdidas a las economías de los países. Así, en el ramo reservado a los incendios, fueron aumentando año tras año en nuestro país durante el último quinquenio. Mientras en 1963 se contabilizaron 28.361, durante 1967 éstos se elevaron a 35.872. Las cifras son mucho más elocuentes —y, por supuesto, más alarmantes— si se considera el importe en pesetas que los daños han ocasionado. De este modo, se pasa de 623.640.000 pesetas, en 1963, a 1.134.640.000 pesetas, en 1967, cifra esta última que casi llega a duplicar la anterior en sólo cinco años.

Sin embargo, los siniestros ocurridos en el ramo de transportes tienden a disminuir: de 92.741 siniestros en 1963 se ha pasado a 74.859 en 1967. No obstante, el importe de daños ocasionados aumentó en una proporción más elocuente que en el ramo de incendios, puesto que de los 1.410.680.000 pesetas alcanzadas en 1963 se ha llegado, en 1967, a mil seiscientos millones. Las causas de este tipo de siniestros son de diversa naturaleza: corto circuitos, defectos de maquinaria, inundaciones, causas desconocidas y, por supuesto, explosiones.

Resulta destacable que un setenta por ciento de los accidentes tuvo lugar en fábricas o almacenes de materiales y productos inflamables, laboratorios químicos, refinerías petrolíferas, fábricas de papel, almacenes de plásticos, depósitos de carburantes, etcétera. Fuera de nuestro país, el mayor número de siniestros correspondió a los países de mayor nivel de industrialización. En este sentido, Inglaterra, Bélgica, Estados Unidos y Francia se llevaron la palma a la hora de contabilizar accidentes industriales, países que, sin embargo, ofrecen los mayores índices de seguridad frente a los países escasamente desarrollados.

Resulta destacable que un setenta por ciento de los accidentes tuvo lugar en fábricas o almacenes de materiales y productos inflamables, laboratorios químicos, refinerías petrolíferas, fábricas de papel, almacenes de plásticos, depósitos de carburantes, etcétera. Fuera de nuestro país, el mayor número de siniestros correspondió a los países de mayor nivel de industrialización. En este sentido, Inglaterra, Bélgica, Estados Unidos y Francia se llevaron la palma a la hora de contabilizar accidentes industriales, países que, sin embargo, ofrecen los mayores índices de seguridad frente a los países escasamente desarrollados.

Estos dispositivos de seguridad suelen suponer fuertes inversiones por parte de las empresas y, en nuestro país, pocas son las que, estando en condiciones de hacerlo, realizan dichas inversiones. Las consecuencias suelen

reflejarse siempre en las primeras páginas de los periódicos... Todavía está reciente la catástrofe ocurrida en Ibi el pasado verano y, aunque obedeciera a otras razones, la más reciente todavía de Los Angeles de San Rafael.

ECONOMIA

Una sugerencia: «El día del trigo»

Uno de los mecanismos más ingeniosos de que se sirve el sistema económico para promocionar la venta de determinados productos consiste en reclamar la atención del consumidor en algunos días del año, previamente fijados y distanciados entre sí, de tal forma que no haya lugar para la indiferencia y el desánimo en la actividad consuntiva. Así, por ejemplo, en la presente semana se celebra el «Día del colegial», que viene a constituir un eficaz aliciente para la industria del juguete, la cual, tradicionalmente, a partir de diciembre y enero, experimenta importantes reducciones en su volumen de ventas. En el mismo sentido, el «Día de los enamorados» viene a salvar parcialmente la difícil situación y las apremiantes necesidades de numerario por las que atraviesan muchas entidades comerciales durante el mes de febrero, tan maltratado por las fluctuaciones de la coyuntura económica. Los estímulos de este tipo a otros diversos sectores industriales y comerciales son ampliamente conocidos, repartiéndose entre ellos instituciones, personas, afectos y relaciones de muy diversa naturaleza, pero que contribuyen todos a estimular, aunque sólo sea pasajeramente, la demanda.

En este contexto, pensamos que tendría sentido dedicar una fecha a promocionar el consumo de un producto tan esencial para la economía española —dadas las circunstancias presentes— como es el trigo. Con ello, además de evitar que la demanda de este producto sea sustituida por otros bienes —muchos de ellos de importación—, se rendiría un homenaje nacional a un producto que, durante tantos años, ha constituido la base fundamental de la alimentación de los españoles. Se completaría de esta forma también el conjunto de medidas y disposiciones de índole protectora y de subvención que enmarca la política agrícola con relación a este cereal.

Esta sugerencia, creemos, es aún mucho más constructiva si se considera que a los cuantiosos excedentes de trigo que vienen acumulándose durante las campañas de 1965, 66, 67 y 1968, se van a sumar muy pronto los de la

presente campaña, que prometen no desmerecer en absoluto a los de los años anteriores. Promocionando abiertamente el consumo de los excedentes de trigo —a que nos viene conduciendo la política del Ministerio de Agricultura, que ha demostrado no poder adaptar la producción a los niveles de consumo más reducidos que exige la demanda—, quizá se pudiera intentar una arriesgada operación de política económica, que consistiría, en términos generales, en modificar por Decreto la dieta alimenticia.

En cuanto a la fijación de este día, sería muy conveniente que respondiera a los problemas que estacionalmente se plantean con ocasión del almacenamiento de los excedentes: de los «stocks estratégicos» y de los que no lo son. Quizá ello indujera a la determinación no de una fecha única para todo el territorio nacional, sino de varias, atendiendo al momento en que estos problemas se plantean en las diversas regiones productoras de la España interior. Y así como se acostumbra a proceder con otros productos, sugerimos que en el «Día del trigo» se efectúe una reducción especial (de un 10%, como en la Feria del Libro) de los precios del mismo, con lo cual se conseguiría algo que no se ha podido alcanzar a través de ninguna otra medida. No obstante, primas especiales deberían establecerse para aquellos trigos con origen en terrenos de regadío de alta productividad y susceptibles de otros aprovechamientos más intensivos. Por último, no hace falta indicar que todo ello debería acompañarse, a través de los más modernos medios de comunicación de masas, con una intensa campaña publicitaria que promocionara la venta del producto, convenciendo al consumidor de sus indudables ventajas proteínicas.

Si esta sugerencia cobra cuerpo, y el experimento se lleva a cabo felizmente, sería conveniente ir elaborando los estudios previos de cara al establecimiento posterior, de acuerdo con las fechas libres en el calendario, del «Día de la cebada», producto del cual ya comienzan a acumularse, sistemáticamente, fuertes excedentes. ■ A. L. M.



EL CASO IBI. TREINTA Y SEIS MUERTOS

TEATRO

Cuando empieza a hablarse en España de los cafés-teatro

Hubo un tiempo en el que se consideraba «teatro» a una manifestación de límites precisos. Hablo de un tiempo relativamente próximo, en el que si bien la crisis de la sociedad burguesa —es decir, de sus principios— ya era obvia para una minoría, no tenía el carácter aceleradamente apocalíptico de nuestra hora. La mayor parte de esta burguesía vivía aún con un sentimiento de estabilidad. La vida ordenada por las generaciones anteriores era la suya, y ésa sería también

la vida de las generaciones sucesivas.

El teatro se inscribía en ese mundo como una distracción culta y de buen tono. Los locales teatrales eran, más o menos, iguales. Vestíbulo para fumar y charlar en el entreacto, salón-cillo y, dentro, sala a la italiana, con dorados, terciopelos rojos, una lámpara aparatosa y policromas alegorías en las paredes y en el telón. La escenografía era, más o menos, la misma siempre. Y los autores eran «de la casa», es decir, conocidos, de ideas

art buchwald

WALTER Y LA CONQUISTA DEL ESPACIO

WASHINGTON.—Hemos conseguido otro triunfo espacial, y aunque todavía es excitante hablar de estas cosas, noto que cada vez que regresa de la Luna un vehículo, más y más gente me pregunta: "¿Qué más hay de nuevo?"

Descubrí que esto es particularmente cierto con las personas menores de veintinueve años. Durante los recientes vuelos de los vehículos "Apolo" observé que mi esposa y yo pasábamos más tiempo frente a la televisión, solos, mientras nuestros hijos rondaban por la casa, disgustados, porque no podían ver sus programas favoritos.

—Venid a ver las fotografías de la Luna —les gritaba yo, pero sólo conseguía la misma respuesta:

—¡Oh!, ya hemos visto fotografías de la Luna.

—Pero éstas son en color.

—No hay nada que ver aparte de las rocas.

—Pero son rocas distintas a las de este planeta —argüía yo. Y una voz enojada respondía:

—No debieran haber quitado el "Lucy Show".

Todas las emisoras de televisión realizaron un excelente trabajo con estas transmisiones. Aprecio a Jules Bergman, de la ABC, y agradezco a Frank McGee sus charlas acerca de lo que está ocurriendo en el espacio. Pero sin menospreciar lo que estos hombres hacen, mi esposa y yo parecemos identificarnos más con Walter Cronkite. Mi esposa se identifica con él todavía más que con los astronautas. Si Walter se muestra calmado, ella también lo hace. Si parece nervioso, mi mujer se desasosiega. Walter, más que ningún otro, no ve a través de esas fotografías y realmente contamos con él para ver que los "Apolo" regresen sin daño a la Tierra.

Recuerdo la noche de las dificultades. Mi esposa y yo estábamos sentados frente al televisor, bebiendo café. Walter nos había dicho lo bien que la cápsula lunar, llamada "Snoopy", se había portado al pasar por primera vez frente a la Luna. Dijo que todo había sido perfecto, excepto alguna dificultad en las cámaras, por lo que nadie ciertamente podría culpar a Walter.

Ahora, "Snoopy" estaba en su segunda vuelta a la Luna. Tras funcionar el motor de descenso, empezó a hacerlo también el de ascenso, que se suponía debía conducirlo al vehículo madre. De pronto se oyó la voz del astronauta Cernan soltando una maldición. Walter, que explicaba lo que ocurría, se puso serio. Mi esposa dio un salto en su silla, exclamando:

—¿Qué pasa, Walter?

Casi lloraba.

—Séntate —le dije—. No te asustes; Walter nos informará.

—Pero se nota que está atemorizado —respondió ella.

Walter nos dijo que "Snoopy" estaba girando, al parecer, fuera de control. En el fondo podíamos ver a Cernan maldiciendo, mientras él y su compañero Stafford —según Walter— trataban de controlar la cápsula.

—¿Por qué no hace algo Walter? —preguntó mi mujer.

—El no está a cargo de la Misión —respondí—. Todo lo que hace es informar de lo que está ocurriendo.

—Pero es que es el único en el que tengo fe. ¿Qué saben los otros?

Ya entonces la dificultad parecía haber pasado, y "Snoopy" había logrado ser controlado. Walter sonrió aliviado, pero al mismo tiempo informó sobre algo serio que podía significar el aplazamiento del vuelo del "Apolo XI" y el descenso a la Luna.

—Walter va a suspender el vuelo a la Luna —comentó mi esposa.

—No, pero desea saber —apunté— exactamente qué ocurrió antes de darle su aprobación al "Apolo XI". No puedo censurarle por ello.

(Copyright 1969, The Washington Post Co.—Distribuido por Editors Press Service, Inc.—Agencia Zardoya.)

probadas a través de mil imaginadas situaciones, siempre resueltas con discreción y respeto. Y las actrices y actores —sobre todo las primeras figuras, que disfrutaban de una salita de recibir, formando parte de su camerino— también solían permanecer largas temporadas en un mismo teatro. De manera que, en su conjunto, el teatro funcionaba como una máquina de relojería.

La crítica, en última instancia, castigaba a los infractores, acusándolos de «lesa teatralidad» en cuanto se salían

partir de una estructura socioeconómica levantada en épocas pasadas. Esta disociación entre la vida y la costumbre sería, sin duda, una de las claves de la actual impotencia y amargura del teatro, tanto más evidente cuanto mayor sea la tiranía del viejo molde sobre las nuevas necesidades.

En esta coyuntura hay palabras que funcionan casi mágicamente. Una de ellas podría ser la de café-teatro. Imagina uno, aun sin haber visto jamás espectáculo de ese tipo, que saloncillos, dorados, vestíbulos, arañas,



«MANICOMIO DE VERANO», DE VIDAL ALCOVER

de los caminos formales y temáticos consagrados por la costumbre.

Pienso yo que fenómenos como el del café-teatro están íntimamente ligados a la aniquilación creciente de la vieja estampa. Porque al teatro le pasa lo que a tantas cosas: que los viejos moldes, aunque hayan perdido sentido, aunque estén culturalmente muertos, siguen ejerciendo una automática tiranía sobre el presente. Recordemos aquella famosa declaración de Antonioni, a raíz de presentar «La aventura» en un Festival Internacional de Cine.

El teatro moderno se encontraría, pues, metido en la siguiente contradicción: la necesidad de evolucionar dentro de un aparato creado justamente para todo lo contrario. Exigencias imperiosas de la vitalidad escénica entrarían, precisamente, la muerte del sistema que, anacrónicamente, gobierna el teatro. Que lo gobierna no lúcidamente —esa sería una prueba de que el sistema aún tenía algún sentido—, sino formalmente; es decir, a

trésillos, críticos tradicionales, autores de la casa, académicos y fórmulas se van al demonio y que se replantea de abajo arriba toda una nueva estructura estética y funcional del teatro. ¿Qué no podrá hacerse —piensa uno— en un café-teatro? ¿Habrá quien se atreva a seguir allí con la vieja monserga de la división de géneros y la enumeración de preceptos teatrales? Todo parece abrirse, sin solemnidad, a la curiosidad de esa aventura creadora que, por lo general, niegan los rutinarios escenarios.

El problema está en que el café-teatro, y ahora me refiero específicamente al fenómeno en su versión española, no pueda responder a todas esas oscuras fuerzas que lo potencian. En que asuma una responsabilidad que le exceda. Y que, sometido a su vez a todas las prevenciones defensivas del sistema, no pueda ser ese espacio libre, creador y vivo que muchos quisiéramos. Convirtiéndose, a las primeras de cambio, en un mini-teatro domesticado. ■ J. M.

JUVENTUD

¿Por qué huyen de sus casas los adolescentes?

El número de menores que huyen de sus casas es cada vez mayor en Francia. En 1968 se dieron casi diez mil casos, de los cuales 6.432 tenían su domicilio en París y en los seis departamentos periféricos; 3.592 eran muchachos y 2.840 chicas.

«En una sola noche, entre el viernes y sábado, recogimos a dieciocho», dice el comisario Lefebvre, jefe de la brigada de menores, quien añade con un puntillito de satisfacción: «No llegan lejos. El 60 por ciento cae a las cuarenta y ocho horas, el 25 por ciento a la semana y el 10 por ciento al mes». No obstante, hay un 5 por ciento que

se escurre de las redes policíacas; son los mayores, los que han cumplido ya los dieciséis. La policía no les presta menos atención, ya que tienen que concentrar sus efectivos sobre los fugatistas de pantalón corto. «Hay que elegir. Todos los días tenemos de quince a veinte fugas».

Los fugatistas no forman ya una pequeña pandilla de menores inestables. Son un fenómeno masivo. «Antes —señala un sociólogo— se huía de la miseria. La mayor parte de los fugitivos procedían de los medios más desheredados. Escapaban también de la escuela. La ola de desapariciones solía